

La voluntad tendrá que participar igualmente lo emocional y cognoscitivo de nuestra alma. La voluntad está infiltrada de múltiples sucesos, que tienen conexión íntima con los otros actos ya mencionados.

El psicólogo tiene que pensar y trabajar con la ontología. Sólo así se pueden entender las expresiones concretas de la voluntad en cuanto a su propio ser y su necesidad interna. De estas relaciones de existencia y presencia viene condicionada la posibilidad de la voluntad, lo que significa la necesidad apremiante de un análisis antropológico y fundamental ontológico. Es muy problemático poder llegar a este fin. Pero ello no obsta para que el conocimiento actúe en forma de factor al servicio de la idea, pues no tendría fin determinado de otra forma.—SALCEDO, S. I.

GOLDSCHMIDT (Hermann L.): *Die Frage des Mitmenschen und des Mitvolkes*, en «*Studia Philosophica*», Zurich, volumen XI (págs. 41-58).

La respuesta a este problema se ha dado hace más de tres mil años en el tercer libro de Moisés: «Has de amar al prójimo como a ti mismo» (19, 18). Sin embargo, ha de preocupar el hecho de que en la actualidad se dirige todo de una forma inexplicable y escalofriante contra este principio del amor al prójimo. Cada siglo que pasa termina con una terrible interrogación a esta pregunta: ¿quién es el prójimo verdadero al que cada contemporáneo ha de amar como a sí mismo? El tercer libro de Moisés nos da la respuesta clara: «Como un indígena de vuestro propio círculo habéis de tratar al extranjero que convive con vosotros, y has de amarlo como a ti mismo» (19, 34). El sacrificio que trae consigo la entrega espiritual al prójimo no es mayor que en tiempos pasados ni lo será en tiempos futuros, pero sí ha cambiado el significado de la palabra «prójimo». A pesar de los muchos intentos que se hicieron para resolver este problema, y aun cuando se percibiera la profundidad del abismo al lanzar el puente hacia el amor al prójimo, todo quedó envuelto en los lazos de la desunión. Ludwig Feuerbach dijo en 1843, en los capítulos 59 y 62 de su libro *Fundamentos de la Filosofía futura*: «El ser del hombre está en la comunidad, en la unidad

de hombre y hombre». «La dialéctica real no es un monólogo del pensador solitario consigo mismo; es un diálogo entre el yo y el tú». Al lado de este ilustre contemporáneo de Goethe, Hegel y Beethoven aparece un gran representante del experimento a punto de fracasar: Napoleón. A la sombra de Napoleón y de su estela sangrienta aparece otra vez el pueblo como prójimo y el hombre como semejante. ¿Por qué existe una diferencia entre el concepto de pueblo de Christian Wolff, en su libro *Fundamentos del Derecho natural y civil*, en que nos dice que cada pueblo debe amar al otro como a sí mismo, aunque sea un pueblo enemigo, mientras que Ranke considera el amor al otro pueblo simplemente como *pueblo vecino*? Porque para Wolff cada pueblo representa una personalidad digna de amor y deja de ser considerada, a pesar de que existan discrepancias. No ha de existir el Estado como estorbo del pueblo, sino ha de completar la existencia de éste. Esto trae consigo la obligación de colaboración e influencia del pueblo y de cada individuo para con el Estado. Y así se cumplirán las palabras del profeta: «Ningún pueblo levante la espada contra el otro y no se enseñen las guerras» (Ysaías, 4).

El mandamiento del amor al prójimo nos ha aclarado el dilema. Pero en vez de contestar con el amor, la Humanidad quiere remover los fundamentos de este mandamiento, porque parece que su amor al prójimo tiene sólo fuerzas limitadas. Tan limitadas que ni siquiera puede estar segura de ellas.

La unión cada vez menos ligada entre amor al prójimo y amor a sí mismo es la base para que no huya el amor. Pues que éste reciba reconocimiento o ingraticudes y sea o no digno «el otro» de este amor, es lo más grande y bueno que puede tener persona o pueblo alguno.—SALCEDO, S. I.

BOYER, S. I. (C.): *Relazione tra il progresso filosofico, teologico, dogmatico*, en «*Gregorianum*», vol. XXXIII, 1, 1952 (págs. 165-182).

En septiembre de 1951 tuvo lugar la Segunda Semana Teológica, celebrada por la Pontificia Universidad Gregoriana, versando sobre el problema de la «evolución del dogma». De las notables aportaciones a la misma publicadas en